

POR CULPA DE LOS ASTROS

Ese día, Ismael, estaba muy deprimido. El trabajo escaseaba, los clientes no pagaban, y en la ferretería no le fiaban más.

Esa mañana, su mujer le había presentado un listado de deudas domésticas que de no ser pagadas, implicaban quedarse sin cable, teléfono, gas y, lo peor de todo, quedarse sin tarjeta de crédito y pasar hambre.

Caminó sin ganas para ver un cliente que, indefectiblemente, lo pasaría para la semana siguiente.

Llegó al local que él había remodelado con tanta dedicación y miró con bronca su excelente trabajo.

- Soy un idiota. Se increpó mientras miraba las delicadas molduras y el empapelado perfecto del negocio.

Una empleada aburrida le comunicó que el patrón no iría ese día ni el siguiente.

- Ni nunca. Se dijo, sospechando que su deudor se había escabullido para el fondo cuando lo vio por la vidriera.

Sentía una gran impotencia, por el hecho de no tener a quién o a qué recurrir. Agobiado, se sentó en el banco de una plaza.

En ese banco, alguien había dejado un diario. De reojo miró la fecha y comprobó que era del día. Mirando para todos lados, como si estuviera haciendo algo prohibido o al menos poco decoroso, tomó el diario y comenzó a hojearlo.

Primero miró los avisos clasificados. Hacía días que pensaba que, en su actual situación, lo mejor sería tener un trabajo fijo.

El problema surgió, al no saber en qué rubro buscar. Él sabía decorar, pintar, transformar con sus manos, rústicas maderas en hermosos marcos, molduras, adornos. Muchas capacidades que no se solicitaban en ningún lado.

Siguió hojeando el diario hasta llegar a la sección de los horóscopos.

Su madre era una fanática de ellos, no salía de la casa sin comprobar si la predicción era buena.

Su mujer decía no creer en esas pavadas, no obstante veía cotidianamente un programa de televisión donde no se hablaba de otra cosa.

Él tampoco creía en esas tonterías, pero decidió ver qué decía el suyo, para reírse un poco en medio de tanta desventura.

Trató de recordar, sin lograrlo, cuál era su signo. Por suerte, el creador de horóscopos, adosaba a cada uno, las fechas correspondientes

Comprobó que era de Aries. Miró las diferentes secciones que abarcaba cada pronóstico. Salteó la del amor y los viajes, y leyó la del trabajo: "Sus negocios mejorarán notablemente, se abren nuevas perspectivas en su profesión". Con una mueca leyó lo referido al dinero: "Cobraré una suma importante, inesperadamente."

Con bronca tiró el diario y decidió volver a su casa. En la puerta del edificio vio un movimiento extraño. Había un patrullero de la policía y una ambulancia.

Pensó que era por el anciano del quinto piso, que hacía meses estaba enfermo.

Cuando entró en el edificio, el portero corrió hacia él y casi sin aliento le dijo:

- Su señora está muy mal, se la llevan en la ambulancia.

Cuando entendió que el portero se refería a su mujer, la ambulancia ya había arrancado.

Llegó al hospital y tuvo que esperar un rato hasta que lo llamaran. Un médico le informó que su mujer había llegado muerta al hospital, que había sido un derrame cerebral fulminante. Le dio el pésame y le sugirió que buscara una funeraria para que se encargara del sepelio.

Ismael salió totalmente confuso. Hacía pocas horas, habían desayunado juntos, hablado con preocupación de las cuentas pendientes. No era posible que cuando todo estaba tan mal, se sumara esta desgracia.

Como había hecho toda su vida cuando las cosas le resultaban insoportables, fue a casa de sus padres. Ellos lo ayudaron con los trámites y estuvieron a su lado durante el velorio y el entierro.

Al día siguiente, Ismael y sus padres almorzaron juntos.

La madre, lloraba quedamente, sin dejar de comer.

- Nunca pensé que pasaría esto, es cierto que Amalia no se cuidaba, comía demasiado y mal, muchas grasas y dulces.

- Tan joven... pienso que fue una suerte que no tuvieran hijos. Dijo el padre.

Ismael comía en silencio, sorprendido de no estar tan dolido como suponían los demás.

Amalia lo había defraudado en más de un sentido. Su falta de solidaridad en los momentos adversos, su fascinación por el chisme y su maledicencia cuando juzgaba a los otros, su puerilidad para analizar las cosas más sencillas y otros defectos, hacían de ella una mujer difícil, por no decir insoportable.

Después de almorzar decidió volver a su casa y comenzar a pensar que rumbo daría a su vida, después de esta avalancha de mala suerte.

No había terminado de abrir la puerta y comprobar el desorden de la sala, cuando tocaron el timbre.

Estuvo tentado de no abrir, la mayoría de los vecinos habían ido al velorio, pero siempre quedaba el que "recién se había enterado".

Observó por la mirilla y vio un hombre que no conocía. Colocó la cadena de seguridad y preguntó quién era.

Del otro lado, le respondieron:

- Soy Jiménez, el del seguro.

No conocía a ningún Jiménez y no tenía ningún seguro, no obstante abrió la puerta.

Un hombrecito flaco con un portafolio enorme, entró y apretó vigorosamente su mano.

- Mi sentido pésame, fue una tragedia terrible.

Ismael miraba al hombrecito, tratando de recordar de dónde lo conocía. Se dio por vencido, nunca lo había visto.

Jiménez abrió su inmenso portafolio, sacó varios papeles y comenzó su perorata:

- Como usted recordará, su señora, que en paz descansa, hizo esta póliza hace un año. Al principio, quería asegurarlo sólo a usted, pero la convencí que por unos pesos más, podían hacer un seguro para los dos, nombrándose beneficiarios mutuos.

Ismael pensaba que todo era un error, ellos nunca habían contratado un seguro y de hacerlo no hubieran podido pagarlo.

Quería decirle que era un error, pero el hombrecito seguía hablando:

- Cuando me entregue una copia del certificado de defunción y firme algunos papeles, usted cobrará una suma muy interesante.

Ismael estaba harto, quería aclarar la situación inmediatamente para que lo dejara tranquilo.

- Mire amigo, creo que se equivocó de departamento, nosotros nunca tuvimos un seguro de vida, no podíamos pagarlo.

- Querido señor, entiendo que el dolor lo obnubila, yo podría venir en otro momento, pero mientras más rápido hagamos estos trámites más rápido cobrará la póliza y yo me liberaré de esta tarea engorrosa.

Cansado de esa conversación absurda, Ismael, dijo:

- Muéstreme la póliza y mi firma en ella, y terminemos de una vez.

Jiménez sacó un papel de los muchos que había puesto sobre la mesa y se lo extendió:

Efectivamente en la póliza estaba su nombre, el de su mujer y las dos firmas.

- ¿Quién le pagaba las cuotas de este seguro? Preguntó.

- Su señora, todos los meses, nunca se atrasó, era una dama muy cumplidora.

Ismael pensó que en los últimos meses, no tenían dinero ni para las cosas más esenciales, no obstante ella había pagado una prima elevada por un seguro de vida.

Era tal su confusión que, para que el hombre se fuera rápido, le entregó el certificado de defunción y firmó todos los papeles sin leerlos.

Cuando Jiménez se fue, Ismael se acostó en el sofá y automáticamente, quedó dormido.

Despertó al día siguiente, dolorido por la incomodidad, pero descansado como para pensar claramente.

Una frase del hombrecito del seguro, le rondaba en la cabeza

“Al principio, quería asegurarlo sólo a usted, pero la convencí que por unos pesos más, podían hacer un seguro para los dos, nombrándose beneficiarios mutuos”.

Era evidente que ella había contratado esa póliza con la idea de librarse de él. ¿De qué forma? Pensó en las veces que le reclamaba que arreglara la barandilla del balcón que estaba suelta; en el día que “accidentalmente” se le cayó el secador de pelo en la bañera donde él estaba sumergido y el artefacto, con el impulso, se desconectó; en los frenos del auto que nunca funcionaban, falla que él atribuía a la vejez del casco; y otros “accidentes” que no quería recordar.

Pero algunos detalles no podía esclarecerlos: el dinero con que su mujer pagaba las cuotas y la existencia de su firma en la póliza.

La explicación sobre el dinero era fácil: Amalia administraba el dinero de la pareja que nunca alcanzaba, posiblemente tendría una cuenta de ahorro con dinero que había “separado” en los buenos tiempos.

Lo de su firma tuvo que pensarlo un rato, hasta que recordó los conflictos crónicos que su mujer mantenía con el administrador del consorcio, que ella alimentaba mediante cartas con diversas quejas. Enviaba una cada semana y se las hacía firmar a él.

Ahora comprendía que ése había sido un condicionamiento, para que firmara cualquier cosa sin leer el contenido.

Por primera vez en mucho tiempo Ismael se sentía realmente bien, sus problemas económicos estaban solucionados, durante esos meses había salvado su vida por milagro y se había librado de la arpía que planeaba su muerte.

Recordó el horóscopo encontrado en la plaza y rió a carcajadas.

Los horóscopos son una tontería, pero a veces aciertan.